

TRES MEDALLAS DEL GORBEA

Cuando el sol se va . . .

SUAVE, lentamente, va muriendo el día; la agonía de la tarde, se diluye en una serena armonía de sonidos y colores. A lo lejos, las diminutas heredades del valle, como pañuelos tendidos al sol poniente, se sumen en la nostalgia azulada de una gasa de bruma. Las hayas esconden sus troncos bajo copas frondosas, y en las campas mullidas que se extienden salpicadas de peñascos, un grupo de caballos pasta en reposo. Más allá, vacas pequeñas nos miran con ojos fijos, irguiendo sus cuernos de canela; vuelven a inclinar las cabezas sobre el cesped: parece que leen en el verde.

El sol ya empieza a esconderse detrás de la peña de Lekanda. El dorado pálido de los últimos rayos sube deslizándose por los peñascales, dejando sus partes bajas sumidas en tiniebla amoratada. Antes de desaparecer, tiñen los ásperos rebordes de la peña de Aldamira de un brillo amarillento, como si el ziz-zag de un rayo se hubiese parado en el cielo de un sombrero atardecer. La peña yergue su majestuosa mole gris, con la cresta iluminada por el encaje dorado del estrecho festón del sol.

La silueta de un pastor, dibujada donde el monte se une con el cielo, se estira como si una cruz moviese los brazos; es la hora santa de las ovejas...

La canción de los rebaños . . .

Empiezan los rebaños a recogerse, descienden hacia los apriscos desparramándose por las laderas, reuniéndose luego en grandes manadas. Lomas, peñascales, senderos, todo se cubre de la blancura inquieta de los lanares que caminan balando hacia los rediles. Bajan por las cañadas largas filas de ovejas trenzando rosarios y collares. El aire mudo del atardecer, se llena de balidos quejumbrosos. Aúllan los pastores llamando al ganado que se descarría, con gritos roncós; alzan los brazos espantando con sus cayados; vuelan piedras de sus manos; lanzan irrintzis salvajes como cohetes guturales; rasgan el espacio silbidos cortos, penetrantes, cual latigazos al cielo. Una algarabía armoniosa se enseñoa de todo el Gorbea; gritos, rodar de piedras, irrintzis, silbidos, incesante y acompasado al coro de los rebaños lanzando balidos que se diluyen con dejo lastimero... y el eco, eterna campana, llevando los sonidos.

Una luna grande, redonda, dorada, se levanta en el cielo limpio, despejado, de un azul grisáceo. Va muriendo la armonía pastoril; poco a poco se apagan las notas melancólicas de los balidos.

Y nuestras frentes levantamos en las alturas; la noche de las montañas, sombra de Díos, ya nos posee.....

El Nocturno de la Cumbre . . .

La luna, antes de oro, se transforma ahora en disco blanquecino rodeado de una aureola azulada. Montes, árboles, praderas, senderos, se destacan en la noche cubiertos de una claridad diáfana y bruñida. Parece de plata el tejado del pequeño refugio; sus ventanas enanas proyectan una luz anaranjada, turbia. Los rebaños, racimos blancos al claro de la luna, reposan desparramados por los apriscos. A nuestros pies, un negror tupido se cierne sobre la barranca. Más allá la campa de Arimekorta sobresale de la oscuridad extendida como un sudario; parece que van a hablarnos las ánimas que vagan por ella, para explicarnos el secreto enigma de su nombre. En la lejanía, duerme el valle envuelto en claridad macilenta, como de eclipse matutino. Todo infunde temor, todo hace meditar en lo que se fué y en lo que nos espera, y rondan la noche espíritus que amaron nuestra tierra de montañas.

Engarzada en un monte remoto brilla una luz mortecina como estrella caída..., la ventana de algún caserío. Todo es silencio; del fondo de la barranca sube el sonido continuado de unas esquilas apagadas; es un *glu-glu* constante, melancólico, como de arroyo escondido.

Son las doce, es sábado y parece que el Amboto—mole misteriosa bañada de luna—echa a volar sus lamias legendarias. Susurro sordo, como aleteo lento de buitres nocturnos, pasa sobre nuestras cabezas; un grito ronco y lejano, un *heeee...* prolongado, se posa en el aire inmóvil de la noche.

Y la cumbre erguida impone silencio a los labios del cielo, para que todo duerma en grandiosa soledad.

MANUEL DE LA SOTA

DE LA F. V. N. A.

